

## LOS NUEVOS ROSTROS DE LAS/OS POBRES EN LA POBLACIÓN AFROAMERICANA

*Maricel Mena<sup>1</sup>*

### Resumen

El artículo examina los nuevos rostros de la pobreza en la población afroamericana como una realidad multidimensional atravesada por crisis sociales, ecológicas y epistémicas. Plantea que estas desigualdades no son fortuitas, sino producto del racismo ambiental, el extractivismo y la colonialidad del poder y del saber. La pobreza se expresa territorialmente mediante el despojo de tierras ancestrales, la contaminación y la exposición desproporcionada a riesgos climáticos, pese al reconocimiento jurídico de derechos colectivos. Asimismo, denuncia un empobrecimiento cognitivo y simbólico derivado de la invisibilización y deslegitimación de los saberes, espiritualidades y formas de vida afrodescendientes. El texto advierte que la gobernanza climática global y la transición ecológica pueden reproducir un colonialismo verde que excluye a estas comunidades de decisiones y beneficios. Desde una perspectiva ética y teológica, se propone superar la caridad asistencial y asumir una defensa profética de su dignidad integral, articulando justicia racial, ecológica y participación efectiva plena.

**Palabras clave:** Pobreza multidimensional, Racismo ambiental, Despojo territorial, Colonialidad del saber, Justicia socioecológica.

Para la población afroamericana en las Américas, estos rostros no son una abstracción, sino cuerpos y comunidades concretas que encarnan las crisis entrelazadas del siglo XXI: la social, la ecológica y la epistémica. La crisis social se manifiesta en profundas desigualdades, el colapso del tejido comunitario, la exacerbación de exclusiones basadas en raza,

<sup>1</sup> Teóloga, biblista e investigadora colombiana, reconocida por sus aportes a la teología negra, feminista y de la liberación en América Latina y el Caribe. Doctora y magíster en Ciencias de la Religión por la Universidad Metodista de São Paulo, con estudios posdoctorales en Hermenéutica Feminista en la Escola Superior de Teología de Brasil, y licenciada en Ciencias Religiosas por la Pontificia Universidad Javeriana. Profesora titular del área de Biblia en la Universidad Santo Tomás de Bogotá e investigadora senior. Ha sido coordinadora latinoamericana del programa de género de la EATWOT (Asociación Ecuménica de Teólogas/os del Tercer Mundo) y miembro del equipo editorial de la Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana. Sus investigaciones abordan hermenéutica bíblica afro-feminista, colonialidad del saber y justicia socioecológica.

género y clase, y un individualismo que genera alienación y pérdida del sentido de pertenencia. La crisis ecológica se evidencia en el colapso climático, la pérdida de biodiversidad y la contaminación generalizada, resultado de una relación extractivista con la naturaleza, vista como un recurso ilimitado a ser dominado y explotado. La crisis epistémica alude a la insuficiencia de los sistemas hegemónicos de conocimiento para comprender y responder a esta complejidad.

La afirmación de que los territorios racializados sufren el impacto directo de la crisis socioambiental no es una coincidencia, sino la materialización del racismo ambiental. Este concepto revela que la distribución de daños y beneficios ambientales no es aleatoria, sino que sigue un patrón histórico y estructural de opresión. Las favelas y periferias urbanas suelen ubicarse en laderas de riesgo, áreas de inundación o cerca de vertederos y complejos industriales contaminantes. La falta de saneamiento básico es una forma de violencia ambiental institucionalizada<sup>2</sup>.

La pobreza afrocolombiana tiene, por tanto, una dimensión radicalmente territorial. Pese al reconocimiento constitucional de los derechos colectivos sobre sus territorios ancestrales (Ley 70 de 1993), las comunidades negras enfrentan una expropiación estructural. Sus tierras, especialmente en el Pacífico y el Caribe, son codiciadas por megaproyectos minero-energéticos, agroindustriales (palma, banano) y de "desarrollo" turístico e infraestructural<sup>3</sup>.

Este despojo no es solo material; es un arraicidio: la ruptura violenta del vínculo sagrado entre un pueblo, su historia y su ecosistema. Privadas de su base territorial, estas comunidades pierden autonomía alimentaria, soberanía sobre sus modos de vida y el espacio donde se reproduce su cultura y espiritualidad. Esta pobreza es, en esencia, la negación del derecho a existir como comunidad diferenciada, convirtiendo la tierra en un campo de batalla donde el "progreso" se mide en hectáreas despojadas y ríos envenenados.

---

<sup>2</sup> Bullard, *The quest for environmental justice: Human rights and the politics of pollution*, 2005.

<sup>3</sup> Escobar, *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*, 2014.

Los territorios tradicionales (quilombos, palenques, tierras indígenas) son precisamente codiciados por concentrar recursos naturales (agua, minerales, biodiversidad, madera). Su explotación, a menudo avalada por el Estado y ejecutada por grandes corporaciones, genera contaminación, deforestación y el agotamiento de los medios de vida tradicionales. La crisis socioambiental tiene un cuerpo racializado y empobrecido: son los cuerpos negros e indígenas quienes beben agua contaminada por agrotóxicos, inhalan los contaminantes de fábricas cercanas y mueren primero en deslizamientos e inundaciones agravadas por el cambio climático<sup>4</sup>.

Más allá de la privación material, la pobreza afrocolombiana se manifiesta como un empobrecimiento cognitivo y simbólico impuesto por la colonialidad del saber<sup>5</sup>. La violencia epistémica opera mediante la invisibilización, folklorización o criminalización de los sistemas de conocimiento, lenguas, prácticas medicinales y espiritualidades afrodescendientes. En la escuela, los currículos rara vez incorporan su historia y cosmovisión; en los medios, se les representa desde estereotipos; en la academia, sus saberes son tachados de “tradicionales” frente al conocimiento “universal” blanco-eurocéntrico. Esta pobreza es la negación de la autoridad para interpretar el mundo y narrarse a sí mismos. No solo se les roba la tierra, sino también la palabra y el sentido, perpetuando una jerarquía racial que inferioriza sus formas de conocer y sentir —un epistemicidio— que mutila la capacidad colectiva de imaginar futuros propios<sup>6</sup>.

La crisis climática global agudiza y revela una nueva faceta de esta pobreza: la exclusión sistemática de los pactos y beneficios de la gobernanza climática. Aunque sus territorios (como la Amazonía y el Chocó biogeográfico) son sumideros de carbono cruciales y bastiones de biodiversidad, y pese a que sus prácticas ancestrales constituyen modelos de adaptación y manejo sostenible, estas comunidades carecen de representación significativa en foros como la COP y de acceso directo a

---

<sup>4</sup> Shiva, *¿Quién alimenta realmente al mundo?: el fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*, 2020.

<sup>5</sup> Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, 2000.

<sup>6</sup> Grosfoguel, “La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos”, 97-108.

financiamiento climático internacional (Fondo Verde, REDD+). La llamada “transición ecológica” global corre el riesgo de convertirse en un nuevo colonialismo verde, donde sus bosques son valorados como “activos de carbono” para compensar emisiones del Norte global, mientras ellas siguen sin titularidad plena, sin compensación justa y soportando los impactos más graves de los fenómenos extremos. Esta es la pobreza del futuro, ser tratadas como custodias pasivas de un recurso global, pero excluidas de las decisiones, los recursos y los beneficios que determinarán su propia supervivencia y dignidad en un planeta en crisis.

La crisis, insistimos, no es solo material, sino también espiritual. La contaminación de un río no es solo la pérdida de una fuente de agua; es la violación de una entidad sagrada, un ancestro, como ocurre en las cosmovisiones de muchos pueblos tradicionales. La destrucción de un bosque para plantar soya es un epistemicidio y un espiritocidio, pues borra el “libro” vivo donde están escritos los saberes, los rituales y la historia de un pueblo<sup>7</sup>.

Por lo tanto, la crisis socioambiental no es un fenómeno democrático que afecte a todas/os por igual. Opera como un mecanismo de actualización del proyecto colonial, que segrega geográficamente a los indeseables y deposita en ellos los costos del “desarrollo” y del consumo de una minoría.

Estas crisis —social, ecológica y epistémica— no son fallas aisladas, sino síntomas del agotamiento del proyecto civilizatorio moderno/colonial. Sus herramientas conceptuales son radicalmente insuficientes porque son fragmentadoras: separaron al ser humano de la naturaleza, la razón de la emoción, lo individual de lo comunitario. Esta lógica de disyunción es lo que nos impide ver las conexiones sistémicas entre la injusticia social y el desastre ecológico<sup>8</sup>. Reconocer los nuevos rostros de la pobreza afroamericana exige, por tanto, descolonizar nuestra mirada y tejer, desde la resistencia, alternativas de vida que restauren el tejido de lo común.

Desde la perspectiva de la *Dilexi Te*, que enfatiza el amor preferencial y concreto por los más vulnerables, la pobreza afroamericana se revela

<sup>7</sup> Krenak, *Ideas para postergar el fin del mundo*, 2021.

<sup>8</sup> Latour, *¿Dónde aterrizar? Cómo orientarse en política*, 2017.

como una herida histórica agravada por nuevas formas de colonialismo. No se trata solo de falta de ingresos, sino de la pobreza de protección ante el extractivismo que invade los territorios ancestrales, de la pobreza de reconocimiento frente a un sistema que niega sus saberes y espiritualidades, y de la pobreza de participación en las decisiones que afectan nuestro futuro. El documento papal nos interpela a ver en estos rostros una llamada a una conversión estructural de la Iglesia, que debe pasar de la caridad asistencial a la defensa profética de su dignidad integral.

La Iglesia, guiada por el amor concreto de la *Dilexi Te* y la audacia sinodal de la CLAR, tiene un papel profético que cumplir: ser puente y altavoz en la COP30 y más allá, para que estos nuevos rostros, marcados por la historia, pero llenos de una resiliencia sagrada, dejen de ser invisibles y se conviertan en arquitectos de un futuro donde la justicia racial y la justicia ecológica sean una sola e indivisible. En sus comunidades late no solo el grito del pobre, sino la sabiduría ancestral para sanar una Tierra herida.

### **Bibliografía**

- Bullard, Robert Doyle, ed. *The quest for environmental justice: Human rights and the politics of pollution*. San Francisco: Sierra Club Books, 2005.
- Escobar, Arturo. *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Editorial Universidad del Cauca, 2014.
- Grosfoguel, Ramón. "La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos". *Formas-Otras: Saber, nombrar, narrar, hacer* (2011): 97-108.
- Krenak, Ailton. *Ideas para postergar el fin del mundo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2021.
- Latour, Bruno. *¿Dónde aterrizar? Cómo orientarse en política*. Taurus, 2017.
- Quijano, Anibal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, comp. E. Lander. CLACSO, 2000.
- Shiva, Vandana. *¿Quién alimenta realmente al mundo?: el fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*. Capitán Swing Libros, 2020.